



NÚMERO 831

1.º DE NOVIEMBRE DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 y 2.—Trajes para casa

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — El tintorero y el filósofo. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Receta culinaria.

GRABADOS. — 1 y 2. Trajes para casa. — 3 a 8. Faldas de novedad. — 9 a 13. Sombreros para niñas. — 14 y 15. Trajes de luto. — 16 y 17. Trajes de tarde. — 18 y 19. Abrigo para niña y sus patrones.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

I. *Traje de tarde.* Falda de tres volantes cuyo segundo es de terciopelo. Tabla sobre el delantero, formando delantal, bordada al pasado. Cuello y borde de las mangas de encaje muy fino color de ocre; terciopelo negro en las sisas, el escote y los puños.

II. *Traje muy sencillo,* de jerga encarnada de tono oscuro. Falda con una gran tabla detrás y más pequeñas a los lados. Cuerpo cuyas mangas y delanteros son de muselina azul claro. Tul en el escote y botones de fantasía. Mangas largas.

DESCRIPCION de los GRABADOS

1 y 2. TRAJES DE CASA.

I. *Traje de tela de fantasía* de color claro, guarnecido de un cuello y volantes, en las mangas cortas, de muselina. Cinturón drapeado anudado detrás, formando un lazo con largas caídas.

II. *Traje de tela flexible,* combinado con una ancha tira que rodea la falda, de tela oscura estampada; esta misma tela se ve en el cuerpo, en pequeñas tiras orladas de bieses de terciopelo negro, lo mismo que en la falda, y volantes de la misma tela del vestido, exceptuando los del cuello y las mangas cortas, que son de muselina.

3 a 8. FALDAS DE NOVEDAD.

I. *Falda de paño amazónico,* guarnecida de galón moer, fruncida bajo un cinturón adornado de los mismos galones.

II. *Falda de jerga lisa,* muy ancha del borde, con un ancho cinturón de forma canesú. Botones de terciopelo negro.

III. *Falda de jerga,* con dos pequeñas tablas en el delantero y lisa por detrás. Canesú abrochado delante.

IV. *Falda de gabardina verde oscuro,* ligeramente fruncida a un canesú, que se termina en punta muy marcada delante; un galón de moer la rodea por el borde.

V. *Falda de tela de fantasía,* plegada a un canesú abrochado delante. Cinturón de cuero.

VI. *Falda de paño liso,* con canesú recortado, que se prolonga a los lados sobre dos pliegues tabla. Botones de fantasía.

9 a 13. SOMBREROS PARA NIÑAS.

I. *Sombrero de niña mayorcita,* de fieltro azul nattier, adornado con una cinta estrecha de tafetán azul claro, que rodea la copa viniendo a atarse delante.

II. *Sombrero con el borde de tafetán color de rosa antiguo;* el alto borde que sobresale y la copa, de hechura de boina, son de terciopelo negro. Un grupito de rosas de diversos tonos completa su adorno.

III. *Gran sombrero de vestir para señorita de 15 a 17 años;* forma de anchas alas; la parte superior es de terciopelo negro y la inferior de tafetán color de rosa; la copa es de terciopelo

fruncido. Una rosa de terciopelo color de rosa adorna el lado derecho.

IV. *Sombrero de seda color de cereza,* bordado de trenillas, adornado de un grupito de rositas, con el borde del ala vuelto y bridas de terciopelo negro.

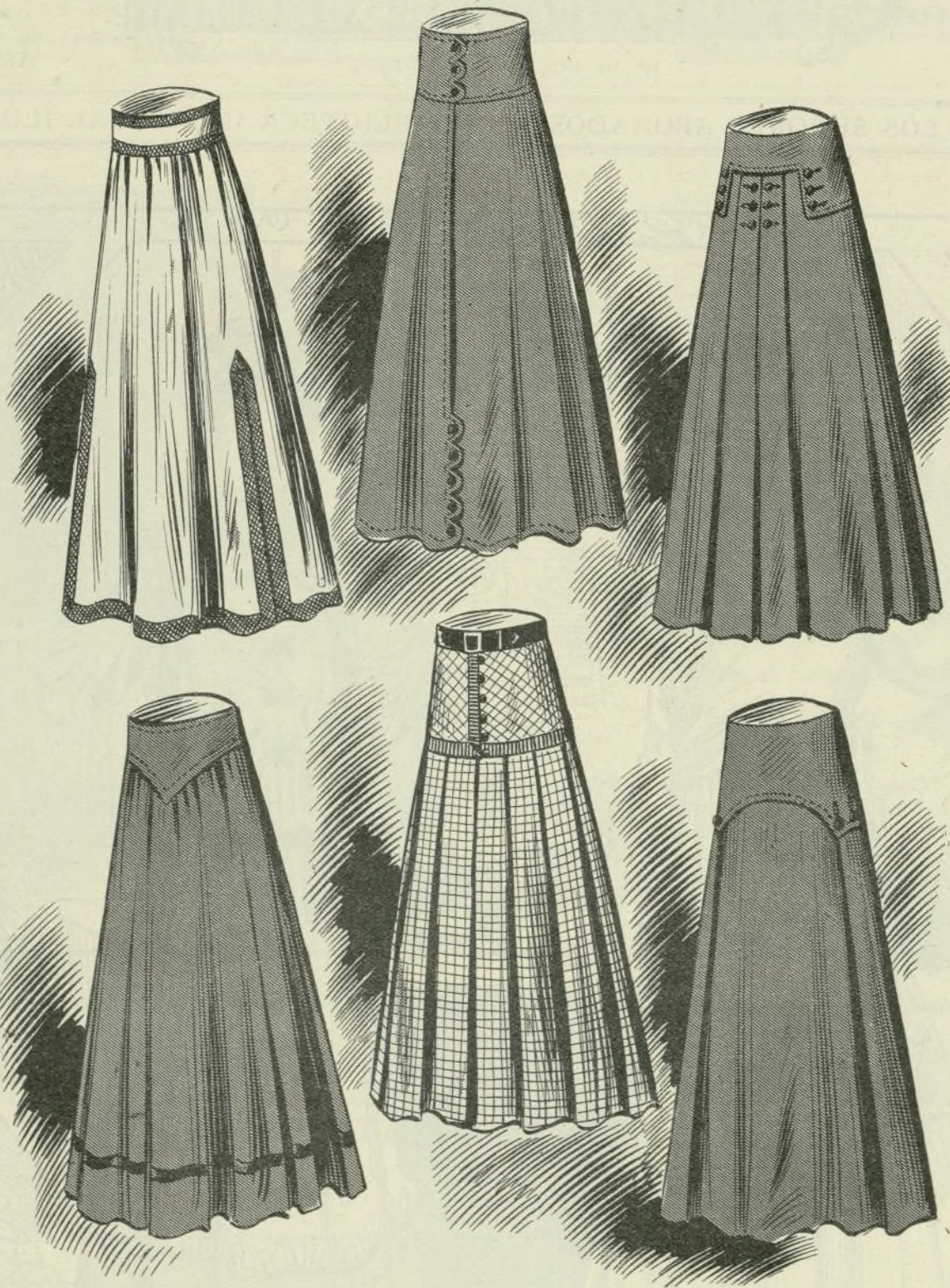
V. *Sombrero redondo,* con la copa de fieltro de color; la parte inferior del pequeño borde de ala es de terciopelo; rodean la copa pequeños alones.

14 y 15. TRAJES DE LUTO.

I. *Abrigo de gabardina negra,* adornado con un cuello orlado de crespón y de grandes alamares, que guarnecen el delantero. Pequeña haldeta en forma y mangas anchas, orladas de bieses de crespón.

II. *Traje de paño negro,* con delantal y delantero del cuerpo de crespón negro. Botones y hebilla de azabache negro.

16 y 17. TRAJES DE TARDE.



3 a 8.—Faldas de novedad

I. *Traje de terciopelo de color verde botella.* Falda ancha, adornada con tiras de pieles de marta cebellina. Cuerpo de hechura de torera, adornado de las mismas pieles. Botones también de piel.

II. *Traje de faille.* Falda con una gran quilla en el delantero, fruncida, con tres alforzas por el borde. Cuerpo adornado de bordados de trenilla y cuello vuelto.

CRÓNICA DE LA MODA

¿Habéis visto nuestros paseos a la hora en que están más concurridos por nuestras damas? Parecen poéticas explanadas por donde van y vienen las modernas Amazonas trajeadas también a la moderna.

Recuerdan unas al soldado ruso, otras al italiano, éstas al francés, aquéllas a los nuestros, con sus chaqueteras y botones dorados inclusive. No es posible, viéndolas (y admirándolas), substraerse al recuerdo de la sangrienta guerra que tala y despuebla a más de media Europa. Ni es posible, al contemplarlas, impedir que por nuestra mente desfilen esas *mujeres-soldados* que en los tiempos belicosos siempre ha habido.

Las audaces jóvenes que, vibrantes de amor patrio, esconden su sexo gentil para vestir el uniforme y correr al frente, son hoy acompañadas delicadamente a la casa paterna. Y sin embargo, la *mujer-soldado* fué una magnífica floración de la época napoleónica.

Las mujeres de militares que acompañaron a sus esposos a través de los peligros y horrores de la guerra, se contaron por centenares. Las *generales* tuvieron su época de celebridad y compartieron las glorias de sus maridos. La *general* Verdier, por ejemplo, tomó parte en Egipto en la formación de un cuadro y en la primera línea de fuego; en la retirada de San Juan de Acre se halló en la extrema retaguardia y salvó varios heridos, cargándolos en su propio caballo.

También Augereau, Ney, Lasalle y Bernadotte hacían sus campañas al lado de las *mujeres-guerreras*. Y su fortuna fué envidiada por Napoleón, porque Josefina, mujer medrosa y elegante, acostumbrada a mudarse de ropa blanca tres veces al día, rehusaba seguirle por no sufrir las incomodidades del campo. Bonaparte no hizo escrúpulos de consolarse con madama Faurés, la cual combatía de uniforme junto al capitán su marido, y montaba un magnífico caballo árabe, regalo del Primer Cónsul.

En la guerra de España, las *mujeres-soldados* napoleónicas se cubrieron de gloria. Virginia Ghesquière, llamada «el hermoso sargento», fué condecorada con las insignias de la Legión de Honor. La historia de aquella valiente mujer es extraordinaria. Su hermano, llamado al

servicio de las armas, era débil, enfermizo, inútil para las marchas. ¡Virginia, vestida de hombre, se presentó, en su lugar, al regimiento! En la batalla de Wagram salvó la vida a un capitán y conquistó los galones de sargento. En Lisboa salvó la vida a su propio coronel acosado de enemigos, recibiendo una herida de arma de fuego en el hombro y un bayonetazo en el costado. A pesar de su larga permanencia en el hospital, no llegó a ser descubierto su verdadero sexo. Herida nuevamente en Burgos, rehusó obstinadamente una operación quirúrgica para no venderse. El cirujano, sin embargo, en vista de su oposición, recurrió al narcótico, descubriendo entonces, con asombro, la verdad.

CONSEJOS ÚTILES

La leche ha sido estimada siempre como el alimento que la previsora Naturaleza ha puesto a disposición de los niños; pero no todas las leches son iguales, y la de mujer, por ejemplo, tiene más azúcar y menos caseína que la de vaca. Para obtenerla igual se diluyó la de vaca en agua, adicionándole azúcar, pero no por eso se obtuvieron mejores resultados. ¿Por qué? Porque la leche de vaca, al ser entregada al consumo, está plagada de microbios; se mató a los microbios haciendo

de burra posee los mismos fermentos que la leche de mujer. Ahora bien: ya hacía tiempo que estaba demostrado que sólo los niños criados con leche de burra se desarrollaban como los criados con leche de mujer. Así se explica ya este hecho, como se explica que la leche esterilizada o hervida no dé perfecto resultado, puesto que el calor destruye esos fermentos, sin los cuales los tejidos se nutren mal.

Sabido esto, la conclusión era fácil, y Spolverini ha publicado curiosos experimentos que muestran que, modificando el régimen alimenticio de un animal lechero, se le puede hacer producir leche que contenga los mismos fermentos que la de mujer. Una cabra que sometió a su régimen ordinario añadiéndole cebada en germinación, dió al cabo de un mes leche que

gimen la vaca enferme de osteomalacia, enteritis, eczema o li dropesía; antes, para tener leche, se necesitaba una vaca y un prado; hoy sobra el prado, y con heces y tortas hay bastante. Lo peor es que la leche resultante deja no poco que desear como substancia alimenticia e higiénica.

EL TINTORERO Y EL FILÓSOFO

Un hábil tintorero estaba en su laboratorio ocupado en las tareas de su profesión. Acertó a entrar un observador minucioso, razonador muy analítico,



9 a 13.—Sombreros para niñas

hervir la leche, y se tuvo la leche esterilizada, que llenó de entusiasmo a los médicos y a las madres. Pronto, sin embargo, hubo que bajar el diapason de los elogios, sobre todo cuando se conoció la llamada enfermedad de Barlow o escorbuto infantil, reconociéndose que la leche esterilizada no era el alimento ideal, a pesar de no tener microbios y de poseer la misma composición que la leche de mujer.

¿En qué consistía la diferencia? He aquí lo que, tras pacientes investigaciones, descubrieron el profesor Hutinel y su discípulo Nobecourt, al encontrar en la leche de mujer *fermentos solubles* que no existen en las leches de vaca ni de cabra. Teóricamente ya había establecido el Dr. Escherich la necesidad de la existencia de estos fermentos; pero hasta los trabajos de Hutinel y Nobecourt no se había demostrado que existiesen.

La leche de mujer, según estos sabios, encierra fermentos oxidantes que transforman la grasa en glicerina, e hidratantes, que cambian el azúcar en almidón. De estos fermentos, unos son comunes, variando las proporciones, a todas las leches, y otros son especiales de la leche de mujer; únicamente la leche

encerraba aquellos fermentos; repetido este experimento en vacas y en cabras, se ha obtenido idéntico resultado.

Y ya que de leche hablamos, permítansenos poner aquí una observación del Dr. Romme.

La leche que se bebe hoy — dice —, no se parece a la que hace veinte o treinta años se bebía en las lecherías: aquello era un producto natural, y esto un producto artificial; pues aunque procede de las vacas, esas vacas son animales artificiales. La vaca artificial puede verse en las «lecherías modelo», y es una de las más productivas conquistas de la moderna zootecnia. Una vaca normal sólo da seis u ocho litros de leche; la vaca artificial es capaz de dar 20, 25 y hasta 30 litros diarios.

La receta para fabricar una vaca artificial es bien sencilla: tómese una vaca flamenca, holandesa o suiza, agotada por sus múltiples partos; meterla en un establo caliente y oscuro, dejándola salir al campo lo menos posible; alimentarla, sobre todo, de pulpas de heces o residuos de la cebada que se emplea en la fabricación de la cerveza, y de tortas de las fábricas de azúcar, aceite y aguardientes; no importa que con este ré-

y entabló desde luego discusión sobre los tintes y sus efectos, proponiéndose nada menos que convenir al tintorero de que iba a echar a perder las preciosas telas a que se aplicarían sus composiciones. A la verdad, la cosa presentaba mal aspecto, y el crítico no dejaba de apoyarse en reflexiones especiosas. Aquí se veía una serie de cazuelas con líquidos negruzcos, cenicientos, parduscos, ninguno de buen color, todos de mal olor; allí unos pedacitos de goma pegajosa, desagradable a la vista; enormes calderas estaban hirviendo, donde se removían trozos de madera en bruto, y en las cuales se iban echando unas hojas secas, que, al parecer, sólo podían servir para tirar a la calle. El tintorero estaba machacando en un mortero cien y cien materias que andaba sacando, ora de un pote, ora de una marmita, ora de un saquillo; y, revolviéndolo todo, y pasándolo de una



14.—TRAJE DE LUTO

15.—TRAJE DE LUTO



Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

Reproduction Prohibida

XXIX - 831

CRISTOL-TOCADOR

antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**

Cura las afecciones uterinas

VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Sautaugerge, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.*

Ayuntamiento de Madrid



La "**CRÈME SIMON**", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
- Polvo de arroz y jaboncillo
a la "Crème Simon".

PL. 195





16.—TRAJE DE TARDE

17.—TRAJE DE TARDE



18.—Abrigo para niña de 5 años

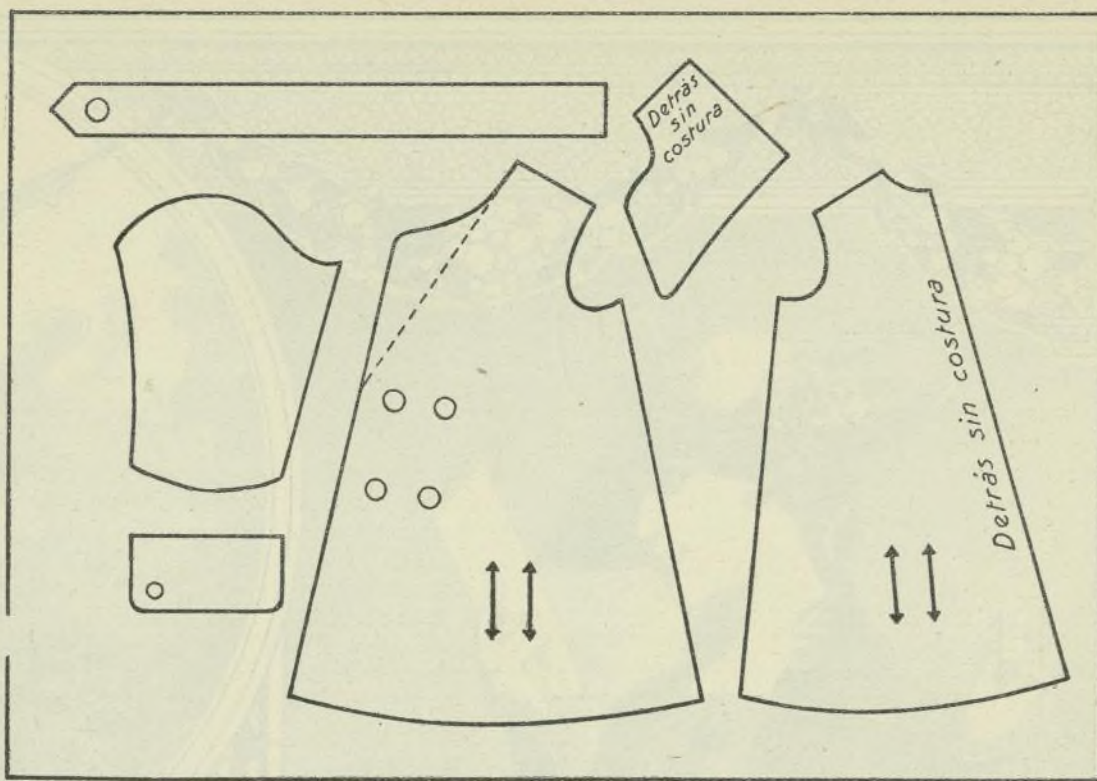
Esta prenda, muy práctica y elegante, es de paño o terciopelo, con cinturón del mismo género

cazuela a otra, y echando, ora acá, ora acullá, cucharadas de líquidos que apestaban, y de cuyo contacto era preciso resguardar el cutis porque le roían más que el fuego, se aprestaba a vaciar los ingredientes en diferentes calderas y sepultar en aquella inmundicia gran número de materias y manufacturas de inestimable valor.

«Esto se va a desperdiciar todo, decía el analítico. En esta cazuela hay el ingrediente A, que, como usted sabe, es extremadamente cáustico, y que, además, da un color muy feo. En esta otra hay la goma B, excelente para manchar, y cuyas señales no se quitan sino con muchísimo trabajo. En esta caldera hay el palo C, que podría servir para dar un color grosero y común, pero que no alcanzo cómo ha de producir nada exquisito. En una palabra, examinado todo por separado, encuentro que usted emplea ingredientes contrarios a lo que usted se propone; y desde ahora doy por seguro que, en vez de sacar nada conforme a las bellísimas muestras que tiene usted en el despacho, va a sufrir una pérdida de consideración en su fama e intereses.»

«Todo es posible, señor filósofo, decía el inexorable tintorero, tomando en sus manos las preciosas materias y ricas manufacturas, y sumergiéndolas sin consideración en las sucias y pestilentes calderas; todo es posible; mas, para dar fin a la discusión, déjese usted ver por aquí dentro de pocos días.»

El filósofo volvió, en efecto, y el tintorero desvaneció todas las objeciones, desplegando a sus ojos las telas que por rigurosa demostración debían estar malbaratadas. ¡Qué sorpresa! ¡Qué humillación para el analítico! Unas mostraban finísima grana, otras delicado verde, otras hermoso azul, otras exquisito naranjado, otras subido negro, otras un blanco ligeramente cubierto con variado color, otras ostentaban riquísimos jaspes donde campeaban a un tiempo la belleza y el capricho. Los matices eran innumerables y encantadores; las manufacturas limpias, tersas, brillantes como si hubieran estado cubiertas con cristales sin sufrir el contacto de la mano del hombre. El filósofo se marchó confuso y cabizbajo, diciendo para sí: «no es lo mismo saber lo que es una cosa por sí sola, o lo que puede ser en combinación



19.—Patrones del abrigo

con otras: en adelante, no me contentaré con descomponer y separar, que también hace prodigios el componer y reunir: testigo el tintorero.»

JAIME BALMES (1).

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

—Señora Mann, exclamó el bedel dejándose caer con lentitud sobre el sofá en vez de sentarse bruscamente; buenos días, señora Mann.

—Os los deseo felices, repuso ésta con una sonrisa; supongo que estáis bueno, caballero.

—Así, así, señora Mann, contestó Bumble; una vida parroquial no es ningún lecho de rosas.

—¡Ah, señor Bumble!, ¡a quién se lo decís!

Si los pobres niños del asilo hubiesen oído las palabras de la señora Mann, de fijo hubieran hecho coro con ella.

—La vida parroquial, señora, continuó el señor Bumble dando un bastonazo sobre la mesa, es una vida fatigosa, agitada e insoportable; pero éste es el destino de los funcionarios públicos.

La señora Mann, sin comprender bien lo que quería decir el bedel, elevó las manos al cielo con aire de compasión y suspiró.

—¡Ah!, tenéis razón en suspirar, señora Mann, dijo Bumble.

Viendo que había hecho bien, la buena mujer exhaló un segundo suspiro, con gran satisfacción del funcionario, quien, reprimiendo una graciosa sonrisa, miró con gravedad a su tricornio y dijo:

—Señora Mann, mañana parto para Londres.

—¡Cómo!, señor Bumble, exclamó la mujer retrocediendo dos pasos.

—Sí, señora, para Londres, repuso el inflexible bedel. Voy a tomar la diligencia y a llevarme dos pobres del asilo por quienes se ha entablado pleito para colocarlos en otra parte. El consejo administrativo me ha encargado a mí, ¿entendéis, señora Mann?, de llevar este negocio ante los tribunales de Clerkenwell, y yo me pregunto cómo se arreglarán los jueces para salir airosos teniendo que habérselas conmigo.

—¡Oh!, caballero, no seáis demasiado severo con ellos, dijo la señora Mann con aire candoroso.

—Pues ellos tendrán la culpa, si no salen bien del asunto, replicó el señor Bumble.

(1) De El Criterio.

Y al pronunciar estas palabras irguióse con aire tan resuelto y amenazador, que la señora Mann pareció asustada.

—¿Y tomáis la diligencia?, dijo al fin; yo creía que se llevaba a los pobres en carreta.

—Sí, señora, cuando están malos, y en carreta descubierta cuando llueve; esto lo hacemos para que no se constipen.

—¡Oh!, exclamó la señora Mann.

—En cuanto a los dos de que ahora se trata, se hallan en un estado lastimoso y hemos calculado que los gastos de transporte importarán dos libras menos que los del entierro..., suponiendo siempre que podamos colocarlos en otra parroquia. Espero, no obstante, que esto se conseguirá, a menos que no se les ocurra morir en el camino para hacernos rabiar. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

El señor Bumble comenzó a reírse, pero sus ojos tropezaron con su tricornio, y esto le hizo volver de nuevo a su aire grave.

—No olvidemos los negocios, señora, dijo después de una pausa; he aquí la paga mensual que os abona la parroquia.

Así diciendo, el bedel sacó de la cartera algunas monedas de plata envueltas en un papel y pidió a la señora Mann un recibo, que le fué entregado al momento.

—Es un verdadero borrón, dijo la mujer; pero está en regla. Muchas gracias, señor Bumble, muchas gracias.

El bedel contestó con una ligera inclinación de cabeza a las reverencias de la señora Mann y pidió después noticias de los niños.

—¡Pobres angelitos!, repuso la mujer con acento conmovido; todos están perfectamente, excepto dos que se murieron la semana pasada, y el pequeño Ricardo que está enfermo.

—¿Y no se encuentra ya mejor?, preguntó Bumble.

La señora Mann se encogió de hombros.

—Es un niño que tiene malas disposiciones, continuó el bedel con aire de mal humor; es una naturaleza viciosa, un carácter rebelde. ¿Dónde está?

—Voy a traéroslo al instante, caballero, replicó la señora Mann. ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Ven pronto!

La buena mujer no tardó en encontrar al chico; hízole meter la cara en agua, y después de enjugársela con el vestido, le condujo ante el imponente bedel.

Estaba pálido y delgado; tenía las mejillas huecas y los ojos brillantes. El humilde traje de la parroquia, esa librea de la miseria, flotaba sobre su débil cuerpo, dejando ver sus miembros, tan flacos como los de un anciano.

Tal era el pobre niño, que temblaba ante la mirada del bedel, sin atreverse a levantar los ojos y temiendo oír su voz.

—¿Queréis levantar la cabeza, testarudo?, preguntó la señora Mann.

Levantóla el niño con timidez y sus ojos se encontraron con los del señor Bumble.

—Y bien, hijo de la parroquia, ¿qué os hace falta?, preguntó el bedel, afectando muy oportunamente cierto aire burlón.

—Nada, contestó el niño con voz temblorosa.

—Ya lo creo, dijo la señora Mann, después de haber reído de la mejor gana al oír la salida del bedel; me parece, en efecto, que no tendréis necesidad de nada.

—Quisiera, no obstante..., balbuceó el niño.

—¿Cómo!, interrumpió la mujer, ¿vais a decir que os hace falta algo, deslenguado?

—Un momento, señora Mann, un momento, dijo el bedel levantando la mano con aire de autoridad. ¿Qué pedís, caballero?

—Quisiera, balbuceó el niño, que alguno me hiciera el favor de escribir algunas palabras sobre un pedazo de papel, y que, después de cerrarlo con una oblea, lo guardase hasta que me hayan enterrado.

—¿Qué quiere decir este chico?, exclamó el señor Bumble, en quien habían hecho alguna impresión el aire suplicante y el aspecto de sufrimiento de Ricardo, por más que estuviese endurecido en tales escenas. ¿Qué queréis decir, caballero?

—Quisiera, replicó el niño, escribir algunas palabras amistosas al pobre Oliverio Twist, para decirle cuánto he llorado al pensar que erraba a la ventura durante las noches sombrías, sin tener nadie que le auxiliara... Y quisiera también decirle, añadió el niño con tono suplicante, juntando sus manecitas, que me alegro de morir joven, porque si viviese mucho tiempo, acaso mi hermanita, que está en el cielo, no me reconocería ya: vale más que nos encontremos pronto allá arriba.

Asombrado el bedel de lo que oía, miró al pequeño orador de pies a cabeza y dijo a la señora Mann:

—Todos están cortados por el mismo modelo; ese tuno de Oliverio los ha pervertido a todos.

—¿Quién lo hubiera creído, señor!, exclamó la señora Mann; levantando las manos al cielo y mirando a Ricardo de reojo; ¡jamás he visto un niño tan endurecido!

—Llévaoles, señora, dijo Bumble con tono de autoridad; me verá obligado a dar cuenta de esto al consejo de administración.

—Espero que esos señores comprenderán que no es culpa mía, dijo la señora Mann lloriqueando.

—Estad tranquila, señora, contestó el bedel con énfasis, yo los pondré al corriente del asunto. Vamos, llevaos a ese niño; su presencia me hace daño.

Ricardo fué conducido inmediatamente a la carbonera y encerrado allí bajo cerrojo. Poco después salió el bedel para hacer los preparativos de viaje.

Al día siguiente por la mañana, a las seis, el señor Bumble, después de haber cambiado su tricordio por un sombrero redondo y haberse puesto un gran levitón azul, guarnecido de una capucha, tomó asiento en la imperial de la diligencia, en compañía de los dos criminales de quienes la administración quería deshacerse.

Llegó a Londres sin más contratiempos que la detestable compañía de los dos pobres, los cuales se obstinaron en quejarse de frío, hasta el punto de hacer decir al bedel que le hacían estremecerse y que estaba helado a pesar de su gran levitón.

Después de haberse desembarazado por la noche de aquellos seres desagradables, el señor Bumble se instaló en el hotel donde se detuvo la diligencia, y habiendo pedido una modesta comida, compuesta de un plato de vaca asada, ostras y una botella de cerveza, sentóse tranquilamente cerca del fuego para tomar su frugal desayuno. Terminado éste, y después de hacer algunas reflexiones morales sobre la culpable tendencia que tienen los hombres a murmurar y a quejarse, cogió el periódico y se dispuso a leer.

El primer párrafo en que se fijó su atención, era el anuncio siguiente:

CINCO GUINEAS DE RECOMPENSA

Un joven llamado Oliverio Twist ha desaparecido en la noche del jueves de su casa, en Pentonville, y desde entonces se ignora su paradero; la citada recom-

pensa se otorgará al que suministre detalles por los cuales se pueda encontrar a dicho Oliverio, o arroje alguna luz sobre su historia, que tiene gran interés en conocer el autor del presente anuncio.

Seguía después la filiación exacta de Oliverio, con los más minuciosos detalles acerca de su traje y su persona, y, por último, las señas del señor Brunlow.

El bedel se quedó atónito; leyó y releó aquel aviso lenta y atentamente tres o cuatro veces, y cinco minutos después dirigióse hacia Pentonville, sin concluir siquiera su último vaso de cerveza.

—¿Está en casa el señor Brunlow?, preguntó a la criada, que salió a abrirle la puerta.

A esta pregunta, la criada dió la acostumbrada contestación evasiva.

—No sé; ¿de parte de quién venís?

Apenas pronunció el bedel el nombre de Oliverio, explicando el motivo de su visita, cuando la señora Bedwin, que escuchaba a la puerta de la sala, se precipitó sin aliento en el corredor.

—Entrad, entrad, exclamó; ya sabía yo que tendríamos noticias tuyas; ¡pobre niño!; bien lo dije yo.

Hablando así, la buena señora volvió a entrar en la sala precipitadamente; arrojóse sobre el sofá y comenzó a llorar, en tanto que la criada, que no era tan impresionable, fué corriendo a dar parte a su amo de la llegada del señor Bumble, a quien se hizo entrar en un pequeño gabinete, donde se hallaban el señor Brunlow y su amigo Grimwig sentados a una mesa, sobre la que se veían algunos vasos.

—¿Un bedel, exclamó Grimwig viendo a Bumble; ¡es un bedel de parroquia!; apostaría la cabeza.

—Tened la bondad de no interrumpirnos en este momento, dijo Brunlow. Sentaos, añadió dirigiéndose al bedel.

Obedeció éste, admirado de las originales palabras de Grimwig, y Brunlow, colocando la lámpara de modo que iluminase de lleno el rostro del bedel, dijo con alguna impaciencia:

—Supongo, caballero, que habréis leído el anuncio que he insertado en los periódicos.

—Sí, señor, contestó Bumble.

—Y sois bedel de profesión, ¿no es verdad?, preguntó Grimwig.

—Soy bedel de parroquia, señores, replicó Bumble. —Ya lo veis, observó Grimwig al oírlo de su amigo; estaba seguro de ello, pues su gran levitón huele a parroquia. Es todo un bedel disfrazado.

Brunlow hizo un movimiento con la cabeza para imponer silencio a su amigo y continuó:

—¿Sabéis qué ha sido de ese pobre chico?

—Lo ignoro completamente, contestó Bumble.

—Pues bien, ¿qué sabéis de él?, preguntó el anciano; hablad, amigo mío, y decidme cuánto sepáis.

—Probablemente no tendréis nada bueno que decir, observó Grimwig con acento burlón, a la vez que examinaba atentamente el rostro del bedel.

Bumble se encogió de hombros sin contestar.

—¿Ya lo veis!, exclamó Grimwig mirando a su amigo con aire triunfante.

Brunlow, que contemplaba con cierta prevención el aspecto del bedel, rogó a éste que expusiera con brevedad cuanto supiese respecto de Oliverio.

Bumble puso entonces su sombrero en el suelo, desabrochóse el levitón, y cruzándose de brazos, comenzó su historia, después de meditar algunos momentos.

Sería inútil reproducir aquí sus palabras: en resumen, dijo que Oliverio era un expósito, nacido de parientes oscuros y perversos; que desde su nacimiento había revelado hipocresía, ingratitud y maldad, y por último, que antes de abandonar su país natal, intentó asesinar a un muchacho inofensivo, después de lo cual se escapó por la noche de la casa de su amo. En apoyo de su aserto, el bedel extendió sobre la mesa los papeles que traía consigo, y cruzándose otra vez de brazos, aguardó en silencio las observaciones del señor Brunlow.

—Mucho me temo, repuso el anciano con tristeza, después de examinar los papeles, que sea cierto lo que decís; he aquí cinco guineas por vuestros datos; pero de buena gana hubiera dado triple suma porque las noticias hubiesen sido favorables al niño.

Es probable que a haber sabido esto el buen bedel, hubiera variado en todo su historia; pero ya era

tarde, y haciendo un profundo saludo, guardó sus cinco guineas y se fué.

Durante algunos minutos, el anciano Brunlow se estuvo paseando de un extremo a otro de la habitación, tan triste al parecer por lo que le dijera Bumble, que Grimwig renunció a contrariarle más. Deteniéndose al fin, agitó violentamente la campanilla.

—Señora Bedwin, dijo Brunlow viendo entrar al ama de gobierno, ese muchacho, ese Oliverio, es un impostor.

—Es imposible, señor, es imposible, dijo la anciana con energía.

—Os repito que es un impostor, repitió Brunlow con dureza. ¿Qué significa vuestro es imposible? Acabamos de saber toda su historia desde que nació, y vemos que siempre ha sido un pillete.

—Nunca me harán creer eso, repuso la anciana con firmeza.

—Vosotras las viejas no creéis más que en los charlatanes y en los cuentos, murmuró Grimwig; pero hace mucho tiempo sabía yo a qué atenerme. ¿Por qué no haberme consultado desde el principio? Acaso lo hubierais hecho a no haber sido por la fiebre que le aquejaba; mas eso le hacía tan interesante, ¿no es verdad? ¡Qué lástima!

—Caballero, replicó la señora Bedwin indignada, era un niño cariñoso, dulce y agradecido; hace cuarenta años que trato con niños y los conozco muy bien; los que no pueden decir otro tanto, harían mejor en callarse. Ésta es mi opinión.

Grimwig, a quien iban dirigidas estas palabras, contestó con una sonrisa, y la anciana iba probablemente a continuar su arenga, cuando Brunlow le impuso silencio.

—¡Callad!, dijo fingiendo una irritación que estaba muy lejos de sentir; os he llamado para mandaros que no pronunciéis nunca el nombre de ese muchacho, bajo ningún pretexto; ¡jamás!, ¿me habéis oído? Ahora podéis retiraros, señora Bedwin, y no olvidéis que quiero que se me obedezca.

Aquella noche reinó la mayor tristeza en casa de Brunlow. En cuanto a Oliverio, era presa del más profundo dolor, pensando en sus buenos amigos de Pentonville; felizmente para él, ignoraba lo que había contado el bedel, cosa que le hubiera hecho morir de desesperación.

CAPÍTULO XVIII

Al día siguiente por la mañana, después que el *Truhán* y maese Bates hubieron salido para evacuar sus ocupaciones ordinarias, aprovechó Fagin la oportunidad para echar a Oliverio un largo sermón sobre el horrible pecado de la ingratitud, demostrándole que había faltado a su jefe al alejarse por su propia voluntad de sus buenos amigos, a quienes dejaba en la mayor inquietud; y mucho más al escaparse de nuevo cuando tanto trabajo y dinero les costó encontrarle la primera vez. Fagin insistió particularmente sobre la hospitalidad que había dado a Oliverio y la amistad que le dispensara, haciéndole comprender que sin aquel auxilio, acaso hubiera muerto de hambre. Refirióle después la espantosa historia de un muchacho a quien socorrió por caridad en circunstancias análogas, el cual, habiéndose mostrado indigno de su confianza, y púestose en comunicación con la policía, concluyó su vida desgraciadamente, haciéndose ahorcar una mañana en Old-Bailey. El judío no trató de ocultar la parte que había tenido en aquella catástrofe, mas deplorando, con las lágrimas en los ojos, la cruel necesidad a que le redujo el joven en cuestión que, por su mala cabeza y perversa conducta, dió lugar a tan fatal desenlace, indispensable para la seguridad de Fagin y sus íntimos amigos.

(Continuará.)

RECETA CULINARIA

Langosta con picatostes

Se cuece la langosta con agua y sal y se corta en lonjas delgadas, que se van colocando en una fuente sobre rebanadas de pan fritas con aceite muy fino. Se le añaden huevos duros, aceitunas deshuesadas, y se cubre el todo con salsa tártara.



LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.



ANEMIA Debilidad Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Curadas por el El mas activo y economico, el unico inalterable.—Existen el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts, Paris.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

Autoridades de la lengua española desde su formación hasta nuestros días. — Edición profusamente ilustrada

NUEVO APÉNDICE

Se ha publicado el tomo III y último de este notable apéndice, que, lo mismo que el I y el II, se vende encuadernado, con pago al contado o a plazos mensuales, en casa de todos los corresponsales de esta Casa Editorial.

Valor del tomo I, pesetas 27; del tomo II, pesetas 31'50; del tomo III, pesetas 33'50

NUESTRO DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO AMERICANO ES UNA DE LAS OBRAS MÁS IMPORTANTES QUE SE HAN IMPRESO EN EL MUNDO, HABIENDO TOMADO PARTE EN SU COLABORACION los señores Arcimis, Augusto (*Astronomía, Meteorología, Cronología*).—Asenjo Barbieri, Francisco (*Instrumentos de música populares en España*).—Beltrán y Rózpide, Ricardo (*Geografía, Historia, Arte Militar*).—Benot, Eduardo (*Artículos varios*).—Carreras y Sanchis, Manuel (*Ciencias médicas*).—Cazurro y Ruiz, Manuel (*Zoología*).—Corrales y Sánchez, Enrique (*Derecho, Legislación, Economía política, Estadística, Historia eclesiástica*).—Danvila Jaldero, Augusto (*Monumentos arquitectónicos españoles*).—Echegaray, Eduardo (*Mecánica*).—Echegaray, José (*Magnetismo, electricidad*).—Espejo y del Rosal, Rafael (*Veterinaria*).—Fernández y González, Francisco (*Cultura oriental, con inclusión de la antigua egipcia y de la de hebreos y árabes, africanos y españoles*).—González Martí, Manuel (*Ingeniería, Geodesia, Artes y oficios*).—González Martí, Ignacio (*Química*).—González Serrano, Urbano (*Filosofía*).—Hoyos y Sáinz, Luis de (*Geología, Paleontología*).—La Fuente, Vicente de (*Teología, Derecho canónico, Disciplina eclesiástica, Liturgia, Historia de la Iglesia*).—Lázaro e Ibiza, Blas (*Botánica*).—Letamendi, José de (*Principios de Medicina*).—Madrado, Pedro de (*Pintura, Escultura, Grabado*).—Mélida, José Ramón (*Mitología, Arqueología oriental y clásica, Indumentaria, Papirología, Heráldica, Artes industriales extranjeras de las edades media y moderna*).—Menéndez y Pelayo, Marcelino (*Obras maestras de la literatura española*).—Montaldo y Peró, Federico (*Arte naval, Navegación*).—Navarro Santín, Francisco (*Paleografía, Archivos, Bibliotecas*).—Pagés de Puig, Aniceto de (*Autoridades de la Lengua Española desde su formación hasta nuestros días*).—Piernas y Hurtado, José Manuel (*Hacienda pública*).—Pi y Margall, Francisco (*Filosofía del Derecho*).—Puente y Ubeda, Carlos (*Matemáticas, Física, Astronomía, Meteorología*).—Rodríguez Mourelo, José (*Mineralogía*).—Saavedra, Eduardo (*Arquitectura*).—Sánchez Pérez, Antonio (*Biografía española, Biografía contemporánea de españoles y extranjeros*).—Sbarbi, José María (*Lexicografía, Gramática, Música*).—Suárez Inclán, Julián (*Arte militar, Justicia militar*).—Valera, Juan (*Estética*).—Vilanova y Piera, Juan (*Prehistoria*); habiendo prestado asimismo su concurso importantes escritores americanos en todo lo que se relaciona con aquellos países.

Montaner y Simón, editores.—Barcelona, calle de Aragón, núm. 255

Historia de los Romanos

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

OBRA ESCRITA POR **VÍCTOR DURUY**

INDIVIDUO DEL INSTITUTO DE FRANCIA Y EXMINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN POR D. CECILIO NAVARRO

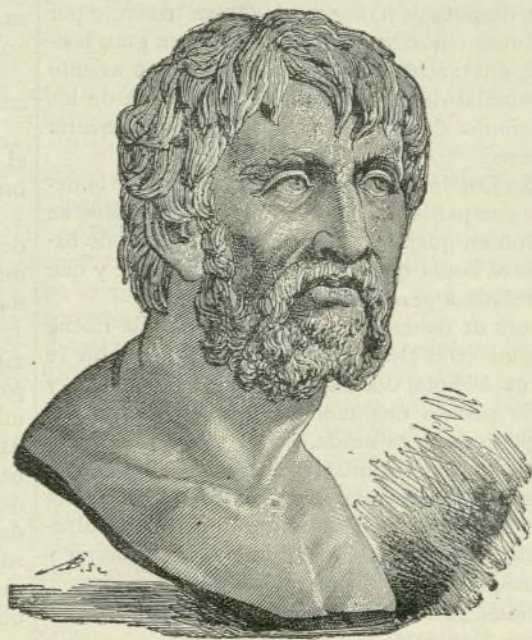
EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

No ha existido pueblo alguno en el mundo tan grande como el antiguo pueblo romano; grande en sus instituciones, en sus empresas, en sus hombres, en sus virtudes y hasta en sus vicios. Al lado de Roma todo es pequeño, raquítico, mezquino. Sus armas dominan el mundo conocido; sus legisladores dictan códigos que prevalecen aún en las naciones modernas más cultas; sus poetas cantan en dulces o en épicos versos que a todos sus sucesores han servido de modelo y que ninguno de ellos ha podido superar; sus artistas dejan tan sembrada de espléndidas manifestaciones la ciudad del Capitolio, que todos los bárbaros reunidos, y aun los mismos siglos, destructores más implacables todavía, no pudieron acabar con ellas. La influencia ejercida por el pueblo romano en los destinos del mundo subsiste a través del tiempo; el conocimiento de su historia es tan interesante hoy por hoy, como el día que tuvieron lugar los hechos en ella narrados.

Varios han sido los autores, muy respetables algunos de ellos, que han medido sus fuerzas escribiendo, bien la historia general de ese pueblo, bien alguno de sus períodos más importantes. Ninguno, empero, pudo satisfacer las exigencias de la crítica, hasta que Víctor Duruy ha realizado la ardua empresa a que tituló **HISTORIA DE LOS ROMANOS**.

Una obra de tan excepcional mérito merecía una edición digna de ella y creemos haberlo conseguido pues en el ramo de ilustraciones, tan esencial en publicaciones de esta índole para facilitar la inteligencia del texto, se publican verdaderas novedades copiadas de los principales museos de Europa.

Dos tomos en cuarto ricamente encuadernados, 34 pesetas.



SÉNECA, bronce existente en el Museo de Nápoles

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Ayuntamiento de Madrid